

# ...Testigo Cómo fue; cómo será

Por Humberto Murrieta N.  
Socio Decano de PricewaterhouseCoopers  
Presidente del IMCP 1979-1981  
Presidente de la AIC 1980-1982  
Contador Benemérito de las Américas



**C**ómo fue.- Principios de noviembre de 2008, suena el teléfono, al habla Javier García Sabaté, el presidente caballero: “Humberto, te invitamos a que dirijas unas palabras en el Homenaje a los Socios Vitalicios (27 XI 08), no, sí, no, bueno sí...”. Días después vuelve a sonar: “oye, con ese evento arrancamos el jubileo de los 60 años del Colegio, platica de su historia”... ¡Chin! Ya para entonces, Murrieta se había pertrechado de lecturas relativas a lo que significa ser vitalicio, entre ellas, ya conté, *La alegría de envejecer*, de Jacques Leclercq, delicia de libro que entre muchas cosas dice que los *viejos somos testigos del pasado*.

Esa definición me cautivó, porque sumada a lo que siempre hice, al final resulta que voy a terminar siendo testigo de

tiempo completo. Miren ustedes: empecé proponiendo en mi tesis profesional escrita hace casi medio siglo, el desarrollo de normas profesionales en auxilio de la profesión para ejercer su función de **atestiguar** en todos los casos en que se contribuya a un bien social e insistiendo que esa capacidad no se agotaba en la dictaminación de estados financieros.

En el ejercicio profesional (42 años y medio en el Despacho Roberto Casas Alatríste, hoy PwC) seguí por dedicarme siempre a la dictaminación y en una conferencia denominada *Filosofía del dictamen* que impartí en 1993 con motivo de un aniversario del Colegio, dije: “No soy filósofo, soy dictaminador”. Lo he sido toda la vida, la vida que me une e identifica con ustedes, y pido a Dios me permita seguirlo siendo hasta

el fin de mis días. Ello no significa que vaya a perpetuarme en la práctica profesional; tiene que ver con mi comprensión – en sentido amplio– de lo que es dictaminar. Significa que no quiero dejar de ser lo que soy, aquello para lo que estudié, me capacité y adquirí destreza profesional. No significa que pretenda seguir suscribiendo dictámenes hasta el momento mismo que todo concluya. Significa que anhelo seguir siendo un **testigo** y descriptor fiel de lo que veo, juzgo, interpreto y creo. Pido lucidez para ser hasta ese momento, hasta el mismísimo final, un **testificador** y al mismo tiempo cronista de la verdad. Fiel a la esencia de mi profesión; fiel a mí mismo”.

Y terminé, ya jubilado del ejercicio profesional, concibiendo y desarrollando con Federico Reyes Heróles en Transparencia Mexicana, la figura de los **Testigos Sociales**, obra y merito de la sociedad civil, lamentablemente prostituida por la Secretaría de la Función Pública en el momento mismo en que le dio por reglamentarla –fui el primer **testigo** social que hubo en México.

En suma, he ejercido como **testigo** de punta a punta en mi vida y ahora, de acuerdo con la definición de Leclerq que mucho me acomoda, por viejo, lo seré también del **pasado**. Así las cosas, comprenderán ustedes que no me fue nada difícil después de mi presentación a los Vitalicios –que se convirtió en las remembranzas que desmenucé de febrero a junio– el aceptar a Roberto Danel y al mismo Javier, su invitación a regresar a las páginas de *Veritas*, en las cuales escribí mensualmente sin interrupción –información para los jóvenes– de diciembre de 1991 a abril de 1996, en una columna denominada *EN MI OPINIÓN* en línea con lo que entonces hacía. Ahora, obvio, **TESTIGO DEL PASADO**.

**Cómo será.**– Voy a hurgar en mi memoria y a tratar de rescatar recuerdos ligados a eventos atestiguados que en las circunstancias hoy pudieran ser de algún interés. Si bien me consuela el acunarme en el dicho de García Márquez de que *la vida no es como es, sino como uno la recuerda*, lo que en principio pensaría uno que ello da licencia para imprecisiones, al mismo tiempo me aterra leer a John Locke que en 1691 dijo algo ciertamente estrujante: *somos lo que recordamos; somos lo que olvidamos; somos lo que reprimimos; somos lo que no queremos saber de nosotros mismos...* Y sucede entonces que al escribir básicamente de eventos del pasado es evidente que fatalmente me voy a proyectar, a desnudar, a exhibir... Les será fácil saber, pues, lo que soy. Sean indulgentes.

No estará en mi capacidad, ya no, el editorializar, el teorizar, el sugerir. Nada de que si los derivados *bla, bla, bla*; o que si con un casi 7% de inflación, las ganancias financieras sin B-10 no son tan ganancias; o el porqué de la crisis; o cómo hacerle para salir del lío en que estamos. No. Nada de eso. Para ello hay columnistas doctos; si lo hubo, mi tiempo ya pasó.

Ahora me maravilla haber podido llegar a la edad que tengo lo cual, bien visto, significa tener una vida completa. La mía, no es una vida truncada. Sí, todos los viejos fuimos jóvenes, pero no todos los jóvenes tienen el privilegio de llegar a viejos y es un hecho, díganme si no, que cada edad tiene su belleza pero la mayor de todas ¡es lograrlas todas!, siendo en cada edad lo que debemos ser, entendiendo que el hombre no ha sido hecho para vivir siempre en la tierra sino para realizar una tarea humana y luego partir, lo cual está chévere si es que dimos frutos.

Toda nuestra vida se refleja en la vejez. Una vejez desgraciada, a menudo es reflejo de una juventud egoísta. Bien dice Cicerón que *los hombres son como los vinos, la edad agría los malos y mejora los buenos*. No se envejece de repente y eso nos obliga a irnos preparando. Prepararnos a la modestia, sobre todo si alguna vez tuvimos mando; a no tratar de ejercer una autoridad que ya no tenemos; a entender que lo que nos toca ahora es tratar de servir pero en el marco de nuestras posibilidades; a tener un desinterés auténtico, acorde a nuestra edad, por ganar dinero; y muy en particular, a estar sinceramente convencidos de que la caridad por excelencia debe ser un distinguo de la vejez.

He ejercido como  
testigo de punta  
a punta en mi vida  
y ahora, de acuerdo  
con la definición  
de Leclerq que mucho  
me acomoda, por  
viejo, lo seré también  
del pasado.

“La vejez es una cima. Es terminar en una cumbre y volver la vista para contemplar la vida extendida como un paisaje. La vida es una ascensión hacia una vejez que no tiene sentido si no se abre a su vez a un más allá desconocido aquí abajo. Es la cumbre, sí, pero no es el fin” (J. Leclerq).

...Ya me puse muy mamón. No se espanten; no será la tónica –espero– pero sí deseo que les quede claro que voy a escribir como lo que soy: un viejo. No esperen otra cosa. Un viejo que no evade el peso peyorativo de la palabra y la cual, semánticamente, es idéntica a niño, joven, adulto, palabras a las que no les ponemos peros y que son las etapas por las que atravesamos para llegar a esa vida completa... de los viejos, *testigos del pasado*. ❀

hmnveritas@hotmail.com, para cruzar recuerdos.